

Todos los Santos y todos los Fieles difuntos
1º y 2 de noviembre de 2021
+ Cristián Contreras Villarroel

Celebramos a todos los santos, es decir, no solamente a quienes bien conocemos y veneramos en los altares, sino que también a toda esa infinitud de hombres y mujeres que a lo largo de la historia han dado testimonio de ser auténticamente cristianos.

Jesucristo es el único Santo

En el lenguaje del Nuevo Testamento “santos” son todos aquellos que en la fe han recibido el bautismo, es decir todos los que han sido escogidos por Dios para ser configurados con Cristo el santo por excelencia. Si la festiva conmemoración de esta día es para recordar a todos quienes en modo excepcional han realizado en sus vidas la imitación de Cristo, esta liturgia es también un llamado y la exaltación de nuestra propia vocación bautismal. Y si Cristo es el único santo, todos los santos y todos los bautizados estamos llamados a reflejar la bondad, la belleza y la caridad de Cristo que pasó por la vida haciendo el bien. Son estas maravillas de Cristo que han vivido los santos y santas, por eso los veneramos y pedimos que intercedan por nosotros. Los santos recibieron el mismo bautismo que nosotros, comulgaron como lo hacemos en la Misa, fueron reconciliados con Dios en el sacramento de la confesión, porque el hombre y la mujer santos no son personas impecables. Por el contrario, ellos han sido los que mayor conciencia han tenido de la necesidad del perdón de Cristo crucificado y resucitado.

Todos llamados a la santidad

El texto del Apocalipsis nos habla, recurriendo a un número simbólico, de quienes han sido marcados o sellados en sus frentes, es decir, han sido ungidos como nosotros en el bautismo. Son los pertenecientes a las doce tribus de Israel, pero también son una **“enorme muchedumbre, imposible de contar, formada por gente de todas las naciones, familias, pueblos y lenguas”** que habitarán los cielos nuevos y una

tierra nueva. Para ser partícipes de esta promesa de Dios es necesario vestirse de blanco, que es símbolo de la pureza. Resulta un contraste imposible de conciliar lógicamente que haya túnicas blanqueadas en la sangre que es color púrpura. Pero es la sangre del Cordero de Dios, que es Cristo, que quita el pecado del mundo. Es el agua bautismal que nos ha hecho santos. Sin embargo para entrar en esa liturgia celestial portando las vestiduras blancas es necesario asumir el sufrimiento. Lo dice el texto: ***“éstos son los que vienen de la gran tribulación; ellos han blanqueado sus túnicas en la sangre del cordero”***. Tribulación es ejemplo de martirio, de agonía, de lucha contra el pecado y la muerte.

Por eso, la primera carta de San Juan nos invita a ver cómo nos ama el Padre Dios: ***“Quiso que nos llamáramos hijos de Dios, y nosotros lo somos realmente. Si el mundo no nos reconoce, es porque no lo ha reconocido a Él”***. Y en esta historia debemos vivir como hijos de Dios, como lo hicieron los santos y santas, anunciando la promesa futura: ***“lo que seremos no se ha manifestado todavía. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es”***. Y la vida eterna que no es salir de este mundo, sino que, justamente porque yo creo en la vida eterna, es que me comprometo para que aquello que anhelo lo podamos pregonar desde ya.

Felices, dichosos, bienaventurados

¿Qué significa vivir como hijos? Significa vivir al modo de Jesús. La felicidad que Él anuncia no es la de este mundo que busca la alegría en el poder, en el placer, en el dinero, en la avaricia, en hacerse ídolos que a la larga nos dan solamente lamentos, amarguras, desalientos.

En cambio, Jesús nos llama dichosos, felices o bienaventurados a quienes viven en la historia en un clima del gozo o alegría espiritual, contraria a lo que nos anuncia Jesús. Viviendo de este modo tendremos tribulaciones, calumnias, persecuciones, pero debemos padecerlos con la confianza que peregrinamos hacia la casa del Padre bajo su cuidado, porque el que muere por Cristo, resucitará como Él. San Pablo lo recuerda de este modo: ***“Si Cristo no resucitó, nuestra fe es vana. Si solamente para esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres”*** (1Co 15, 17-19). Lo que sustenta nuestra religión cristiana, católica, es la resurrección de Cristo. Esta es la

piedra angular en que se sustenta nuestra fe cristiana: ¡Cristo ha resucitado!

Los fieles difuntos

La fiesta de Todos los Santos es feriado. Y mañana, el día de todos los fieles difuntos es día laboral. Por eso la gente acude a los cementerios este día. Es bueno, entonces, hacer hoy memoria de nuestros difuntos y rezar por ellos y pedir que purificados puedan contemplar eternamente el rostro de Dios.

Si algo nos hermana a los seres humanos es el dolor. Solamente la persona que vive superficialmente le hace el quite al drama del dolor humano, incluida la muerte.

¡Cristo ha resucitado! Y esta es la predicación, el testimonio de nuestra vida que tenemos que dar a conocer, vivir como resucitados, como bautizados que están llamados a una vocación de destino en el más allá de esta vida, más allá de esta historia, la vida eterna. La Misa es una pregustación de aquel Domingo sin ocaso, en el que la humanidad entera está llamada a entrar en el descanso del Señor: ***“En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones y yo voy a prepararles un lugar”***. ¡Cómo no va a ser esto esperanzador! ¡Cómo no le va a dar sentido y a llenar nuestra vida! El momento de la muerte es para reflexionar, para acrecentar nuestra fe, para decirle al Señor: ***“Creo, pero aumenta mi fe”***.

Termino con un poema de **León Felipe**:

Y ahora pregunto aquí, ¿quién es el último que habla? ¿El sepulturero o el poeta? ¿He aprendido a decir belleza, luz, amor y Dios para que me tapen la boca cuando muera con una paleta de tierra?

No. He venido y estoy aquí, me iré y volveré mil veces en el Viento para crear mi gloria con mi llanto.

Muerte, tu guadaña no es un cetro, sino una herramienta de trabajo.

Desde tu filo iré al molino. Perderé la piel, la forma y la memoria de todo mi pasado. Desde el molino iré a la artesa, en la artesa me amasarán sudando y sin piedad unos robustos brazos, y un día escribirá en los libros sagrados: ‘El segundo hombre fue de masa cruda, como el primero fue de barro’.

Luego, entraré en el horno, del fuego saldré ya pan blanco y habrá pan para todos.

Podré partir y repartir después con miles y millones de pedazos, podréis hacer entonces con el hombre una hostia blanquísima, el pan ácimo, donde el Cristo se albergue.

Y otro día dirán en el libro sagrado: 'El primer hombre fue de barro, el segundo de masa cruda, el tercero, de pan y luz'.

Será un sábado cuando sepultan las grandes escrituras.

Entretanto, a trabajar con humildad y sin bravatas, muerte, segador esforzado”.

Que la Virgen María acompañe a nuestros difuntos de cara a su hijo Jesús.